

“¿POR QUÉ VIENES SOLA?”: REFLEXIONES SOBRE LAS IMPLICACIONES DEL GÉNERO EN EL TRABAJO DE CAMPO

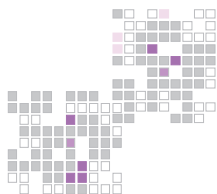
"WHY DO YOU COME ALONE?": REFLECTIONS ABOUT THE IMPLICATIONS OF GENDER IN FIELDWORK

"POR QUE VOCÊ VEM SOZINHA?": REFLEXÕES SOBRE AS IMPLICAÇÕES DE GÊNERO NO TRABALHO DE CAMPO

Ana Leticia Hernández Julián

■ Investigadora independiente y docente en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Doctora en Comunicación por la misma institución. Sus últimas investigaciones versan sobre la construcción social del gusto por el corrido de narcotráfico en Tijuana y la precarización de los periodistas en la Ciudad de México. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1014-6973>.

■ E-mail: leticia1hdz@gmail.com





RESUMEN

El trabajo de campo se basa principalmente en todo aquello que establece la literatura académica; sin embargo, lo que implica su realización y el enfrentarse a la realidad puede ser muy diferente a lo esperado, sobre todo cuando se lleva a cabo en entornos violentos o siendo mujer. A partir de la experiencia, este texto busca reflexionar acerca de la importancia que tiene el género durante tal proceso: al hacer entrevistas, durante el levantamiento de datos en general y hasta en la manera en que los investigadores se desenvuelven en los diferentes contextos.

PALABRAS CLAVE: TRABAJO DE CAMPO; GÉNERO; LEVANTAMIENTO DE DATOS; ENTREVISTAS.

ABSTRACT

The fieldwork is based mainly on everything established by the academic literature; however, what its realization implies and how to face reality can be very different from what is expected, especially when it is carried out in violent environments or as a woman. Based on experience, this text seeks to think about the importance of gender during this process: conducting interviews, in data collection, and even in the way in which researchers behave in different contexts.

KEYWORDS: FIELDWORK; GENDER; DATA COLLECTION, INTERVIEWS.

RESUMO

O trabalho de campo baseia-se principalmente em tudo estabelecido pela literatura acadêmica; no entanto, o que sua realização implica e como enfrentar a realidade pode ser muito diferente do que se espera, principalmente quando é realizado em ambientes violentos ou como mulher. A partir da experiência, este texto busca pensar sobre a importância do gênero durante esse processo: na realização das entrevistas, na coleta de dados e até na forma como os pesquisadores se comportam em diferentes contextos.

PALAVRAS-CHAVE: TRABALHO DE CAMPO; GÊNERO; COLEÇÃO DE DADOS, ENTREVISTAS.

1. Introducción

La realización del trabajo de campo es común en la formación académica que tiene lugar en distintas disciplinas como la Antropología, la Sociología o la Comunicación, en la que se ubica este texto. Algunos de sus pormenores, como la inmersión o las técnicas a seguir dependiendo de la metodología elegida, se pueden hallar en libros cuyos autores se han convertido en canónicos (Taylor; Bogdan, 1986; Denzin; Lincoln, 2012; Orozco; González, 2012; Bruhn Jensen, 2014, entre muchos otros) a lo largo de los años.

Más allá del desarrollo de cualquier tipo de investigación, es necesario realizar un proceso de flexibilidad (Manderson; Bennett; Andajani-Sutjahjo, 2006; Broom; Hand; Tovey, 2009; Cabrera, 2017); repensar nuevas dinámicas para formar a los estudiantes e investigadores antes de que vayan a campo (Macaulay, 2012) y dar cabida en diversos espacios -incluso de divulgación- a las experiencias que se obtienen durante este proceso, con la finalidad de que no se reproduzcan aquellas que sean negativas.

Y es que diversos aspectos del trabajo de campo se tienden a dejar de lado (Collins; Shattell; Thomas, 2005) o solo se mencionan de manera somera en la enorme literatura académica sobre este proceso. Como ejemplo de esto, se tienen las problemáticas del propio entorno que pueden tornarse peligrosas (Rosemberg, 2019) y lo que puede significar el ser mujer y adentrarse en espacios masculinizados, con ciertos usos y costumbres o donde el machismo es muy latente, aspectos que llevan a sentirse vulnerable en cierto grado (Cotteril, 1992).

Desde hace varias décadas, se ha mostrado preocupación académica por tomar en cuenta al género (Wax, 1979; Golde, 1986; García Manso; Silva e Silva, 2018, entre otras) para contar con una visión global de su incidencia al adentrarse en diversos contextos. Sobre todo, a raíz de la evidencia empírica que se separa de lo que dicen

los libros (Oakley, 1981; Espiro, 2018) y muestra cómo el género influye tanto en la llegada a campo como en el levantamiento de datos o en la investigación que se realiza (McKeganey; Bloor, 1991).

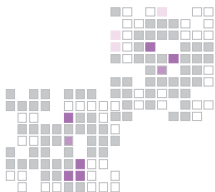
Lamentablemente, estas vicisitudes en relación con el género se suelen naturalizar y por ello poco se debate al respecto. Esto lo convierte en una problemática que se repite una y otra vez y que parece no tener fin. Es así como muchas investigadoras desconocen todo aquello a lo que pueden enfrentarse.

Partiendo de la propia experiencia, este texto tiene la finalidad de presentar una reflexión acerca de las implicaciones del género al hacer trabajo de campo. Se sustenta en las vivencias que tuvieron lugar en Tijuana, Baja California, entre 2017 y 2019, ciudad en la que presencié y sorteé algunas dificultades asociadas con la condición de género al realizar observación participante y entrevistas en profundidad con consumidores y consumidoras del corrido de narcotráfico.

Esta experiencia llevó a tener una ruptura entre lo que señala la literatura académica y la realidad al momento de hacer investigación. Por ello se sostiene que es relevante ampliar la mirada metodológica e incluso flexibilizarla en aras de análisis más profundos, que permitan sortear los conflictos que suelen surgir en los espacios sociales, asumir que la calidad de lo académico no debe basarse en el peligro o incomodidad de quien investiga y aceptar que es necesario tomar en cuenta al género -más allá de variable o categoría de análisis- como un aspecto que influye de manera tajante en el trabajo de campo.

2. Antecedentes: ser mujer y hacer trabajo de campo

La relación entre género y trabajo de campo ha sido analizada desde diversas perspectivas y se ha hecho hincapié en lo que puede implicar el ser investigadora: trabajar bajo riesgos propios



del contexto, sufriendo acoso -una situación que parece muy común-, soportando insinuaciones y hasta sufriendo algún tipo de agresión sexual (Hutchinson; Wilson, 1992; Green, et al., 1993; Sharp; Kremer, 2006; Escobar García, 2018).

Al realizar una breve revisión de la literatura académica al respecto, se encontró que la mayoría de los trabajos que retoman tal situación parten de la propia experiencia de investigadoras (Green et al., 1993; Sharp; Kremer, 2006; Henderson, 2009; Escobar García, 2018, entre muchas otras) que tuvieron que hacerle frente. En muchas de las ocasiones, estas experiencias suelen ser relegadas o se les oculta para mantener la “rigurosidad” y la “validez” del trabajo etnográfico (Escobar García, 2018, p.258). O, en el mejor de los casos, ganan un pequeño espacio en algún apartado metodológico de las tesis o artículos, sin que se les otorgue la debida importancia, lo que solo propicia un lento avance en la búsqueda de su erradicación.

Hay que aceptar que, en muchas de las ocasiones, la preparación previa para la inmersión en campo suele atender más a una lógica de manual escolar que a las diferentes realidades que se viven en cualquier espacio. Se prepara para entrevistar y observar, pero no se suele explicar que nuestros sujetos de estudio o las personas en otros contextos también nos cuestionan y observan (Escobar García, 2018). No se prepara a quienes realizan investigación para aquello con lo que podrían toparse (Sharp; Kremer, 2006) y se sostiene que hay que realizar una inmersión natural, pero no se dice lo que implica hacerlo como investigadora sola (Wax, 1979).

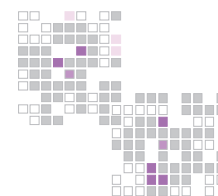
Por supuesto que es importante conocer lo que indica la literatura académica sobre el trabajo de campo, pero la realidad acerca de cómo se lleva a cabo se aprende en el día a día y es a partir de esto que se toman decisiones sobre cómo cuidarse. A la par, se debe reconocer que no existen protocolos en materia de seguridad (Escobar García, 2018)

en torno a este proceso en la investigación y parece urgente reflexionar al respecto.

En tanto, desde hace años las propias investigadoras que han sufrido diversas problemáticas en el campo son quienes se han encargado de dar recomendaciones sobre lo que se podría hacer para, por lo menos, afrontarlas. Algunas sugerencias son: tener un contacto de emergencia, llevar a cabo las entrevistas en lugares públicos, finalizar estas en caso de amenaza o evitar “situaciones y temas peligrosos” (Sharp; Kremer, 2006, p.324 y 326), también se incluyen consejos sobre el tipo de vestimenta a usar, la manera de peinarse e incluso de presentarse (Green et al., 1993) o hasta el tener que asexuarse y fingir estar casada (Guebel y Zulueta, 1995).

En un orden de ideas similar, se reflexiona sobre la importancia de considerar aspectos como las diferencias contextuales bajo las cuales se realizará el trabajo de campo, así como las relaciones de poder que ahí puedan desarrollarse y ciertos comportamientos que se suscitan a partir de las costumbres locales (Henshall Momsen, 2006).

Además, Martínez Pérez (2020) menciona la importancia de considerar las normas culturales y sociales, así como la dificultad de accesos que significa el ser una investigadora que viaja o trabaja sola, lo que puede llevar a la necesidad de contar con algún acompañante y de ese modo evitar el escrutinio social. Para la autora fue necesario estar acompañada por sus padres y, posteriormente, por su esposo, para evitar ser considerada “una mujer loca” (Martínez Pérez, 2020, p.20). En un sentido similar, Padilla (2018) narra sus experiencias como investigadora y la manera en que tuvo que reflexionar acerca de su comportamiento y actividades, luego de que recibiera una propuesta de matrimonio al realizar su trabajo de campo. Su negativa le cerró algunas puertas y “modificó por completo el rumbo de la investigación” (Padilla, 2018, p.17).



Generalmente, se hace hincapié en la exigencia de entrar en el campo y aproximarse a los individuos sin perturbar nada, pero no se dice qué ocurre cuando la simple presencia de una mujer sola no empata con la naturalidad y hasta se erige como un aspecto fuera de sí, extraño, sobre todo en ambientes masculinizados y en entornos machistas. A esto se añaden aspectos que parecen convertirse en atenuantes en el campo, como son el ser soltera (Padilla, 2018) y la juventud (Wax, 1979), de tal forma que “las vulnerabilidades a las que se enfrentan las mujeres en el trabajo de campo son mucho mayores” (Martínez Pérez, 2020, p.21). Lo anterior se sintetiza con la siguiente reflexión:

La cuestión es, ¿qué hace una mujer sola?, ¿por qué viene sola?, ¿por qué está sin marido?, ¿cómo el marido la deja salir? La mujer sola es vivida como una amenaza social, tanto por las mujeres como por los varones locales. Todas conocemos casos en los que se produjo una situación incómoda, en el campo, por estas razones (Guebel; Zulueta, 1995, p.95).

Guebel y Zulueta (1995) invitan a considerar al género en el trabajo de campo como un aspecto que incide en todo, en el acceso a información, en la relación con los individuos, etc. Sin embargo, esto solo se llega a tomar en cuenta cuando se trata de una categoría de análisis. En realidad, debería emplearse en un sentido general para cualquier tópico que se aborde en campo, tal como establecen García Manso y Silva e Silva (2018, p.578): “El género como categoría social debe estar presente en todos los estudios sociales”.

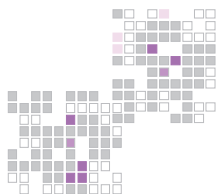
Tras realizar trabajo de campo, se constató la importancia de esta frase y la manera en que permite la aproximación con los sujetos, pero también da paso a la desconfianza, al miedo y puede influir al momento de enfrentar diversas situaciones. Sobre esta experiencia se hablará a continuación.

3. La experiencia en Tijuana

Entre octubre de 2017 y marzo de 2019 viví por temporadas en Tijuana, una ciudad fronteriza ubicada al norte de México y que, entre otras cosas, se distingue por ser un espacio multicultural, un sitio de paso para cientos de migrantes que buscan llegar a Estados Unidos, un lugar con gran importancia geográfica en el trasiego de drogas (Ovalle, 2005), con tradición corridística y que también es vista como la zona donde una mejor vida es posible ante las oportunidades que ahí se pueden hallar.

Al trasladarme a esta ciudad sabía de los antecedentes antes mencionados y me había preparado arduamente en un sentido metodológico para desarrollar el trabajo de campo, consistente en analizar la construcción social por el gusto del corrido de narcotráfico entre los habitantes de dicha ciudad, usando técnicas como observación y entrevistas. Sin embargo, en ese momento ignoraba las cuestiones que han quedado vertidas en las páginas anteriores y pasé por alto el hecho de que, según Aliano (et al. 2018, p.218) “la etnografía es principalmente una relación personal con otro”, por lo que es imposible alejarnos de diversas cuestiones sociales, entre las que se incluye al género. Pronto tuve noción de esto al notar que ser mujer y moverse sola en un espacio como Tijuana no es algo sencillo.

Y es que una cosa es ser la “la chica del cuaderno” (García-Santesmases Fernández, 2019, p.78) que toma notas constantemente y entonces rompe con la naturalidad de los lugares y otra tener que escuchar comentarios de índole machista en distintos espacios, proposiciones sexuales en los lugares de estadía y adentrarse en el consumo de un género musical en espacios masculinizados dentro del contexto tijuanaense, enmarcado por la violencia.



3.1 Más allá del trabajo de campo: el contexto tijuanaense

Mientras realizaba el trabajo de campo, Tijuana se ubicó (por tercer año consecutivo) como la ciudad más violenta de todo el mundo (Monroy, 2020). La violencia e inseguridad no eran ejes de la tesis, pero al formar parte del contexto e incidir de alguna manera en los individuos, era imposible ignorarlas como “situaciones sociales complejas” (Cunliffe; Alcadipani, 2016, p.536) del entorno.

Durante mi permanencia en la ciudad viví en tres lugares diferentes: un departamento compartido en una zona de clase media; un *penthouse* de clase media-alta, y una recámara compartida en una casa con 10 inquilinos más, ubicada en una colonia popular. Las cuestiones de inseguridad parecían muy lejanas en los dos primeros espacios, pero en el tercero eran muy comunes, por ejemplo, en la casa padecí un intento de robo y los *roomies* me comentaban sobre los asaltos en la zona.

A esto se suma la violencia de género manifestada de diferentes niveles. Andrea, una de mis entrevistadas y también *rommie*, comentó que siempre cargaba una navaja en su bolso y no quería ser “levantada” (secuestrada) como les había pasado a tantas chicas en la ciudad que estaban siendo buscadas y cuyas fotos se hallaban en todas partes; también ella me pedía acompañarla al sobre ruedas (tianguis) para no salir sola, porque los vecinos la molestaban y le decían piropos al verla pasar. El temor de Andrea está fundamentado en su cotidianidad y también en diversos datos, de acuerdo con Atención a Organismos de la Sociedad Civil, aproximadamente cada año desaparecen mil mujeres en la ciudad (Gallego, 2020) y para 2020, diversos colectivos alertaron de un aumento del 30% en este tipo de casos (Goryoka, 2020).

En este mismo sentido, Camila, otra entrevistada, me pidió permitir que su novio la

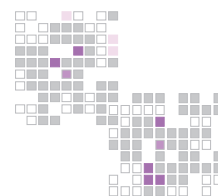
acompañara y vernos en un sitio público para conversar, pues temía que algo le pasara con una desconocida. Por su parte, Ceci, otra de las entrevistadas, comentó que cuando decidió mudarse a Tijuana varias personas en su familia se preocuparon y le pidieron tener mucho cuidado, pues podría terminar “como prostituta” debido a la trata de blancas y a la fama que tiene la ciudad.

En tanto, como investigadora tuve que replantearme varias cosas que entraban en conflicto con aquello aprendido en la escuela y reflexionar sobre lo que significa trabajar en un entorno así. Rosemberg (2019) recomienda contar con cierto grado de flexibilidad en la metodología y fue lo que hice, sobre todo en la recolección de datos con mujeres, a quienes les abría la puerta para que las entrevistas fueran en persona en el sitio público que eligieran de la ciudad, vía telefónica o por videollamada para que estuvieran más cómodas.

Por otro lado, la inseguridad también ha influido en la academia, de forma tal que los investigadores realizan cambios en su trabajo de campo, aprenden la manera de movilizarse en estos entornos (Maldonado Aranda, 2013) e incluso llegan a aparentar ser otra cosa. Sobre esto, en mi investigación opté por no acudir a ciertas zonas consideradas como peligrosas, a pesar de que un profesor me dijo: “Tienes que ir, aunque seas mujercita”. Asimismo, en algún momento fingí estar casada y asistía a ciertos sitios en la noche solamente en compañía de un hombre, porque descubrí la importancia de no hacerlo por mi cuenta.

3.2 “¿Por qué vienes sola?”: Conseguir un acompañante para el trabajo de campo

Recuerdo que al principio acudía a los bares, antros y centros nocturnos y la gente me miraba fijamente, parecía que mi inmersión en el campo no era normal y que solo lograba hacerme notar



como una chica rara que hacía notas. Subsané esto enviándome a mí misma notas de voz para evitar escribir, pero no sabía qué hacer ante lo extraño que resultaba ver una mujer sola (Guebel y Zulueta, 1995).

Entonces un día apareció Ricardo, un mexicano que encontré por casualidad en la playa y que se acercó para oler mi cabello (en ese entonces color algodón de azúcar). Si bien su gesto me causó cierto temor, pronto noté que solo intentaba ser amistoso y comenzamos a platicar, pero con bastante reticencia de mi parte por una recomendación que escuché una y otra vez: “No hables con extraños”. Cuando supo de mi investigación se mostró entusiasmado por ser mi acompañante. No sería el único, a él se sumaron dos entrevistados y un amigo con los que acudí a diversos lugares para no hacerlo *sola*.

El tener que conseguir un acompañante del género masculino me resultó frustrante, ajeno a mi independencia y contra todo lo que había aprendido sobre cómo hacer de manera *correcta* el trabajo de campo. Pero gracias a esos acompañantes pude adentrarme en los espacios y evitar que se me acercaran algunos hombres en los bares, como me ocurrió cuando ellos no estaban.

A pesar de esto, la compañía masculina solo la tenía durante mis salidas a campo, mientras que el resto del tiempo estaba sola y debía experimentar diversas situaciones. En primer lugar, cuando me quedé en el *penthouse* lo hice con una pareja que no veía con muy buenos ojos el que tuviera que salir constantemente de noche y no creían que eso era parte de una investigación académica; además, tenían ciertos prejuicios sobre algunos lugares que visitaba, como por ejemplo un famoso disco club, ya que en su opinión “solo basta ver cómo van vestidas las mujeres (...) son unas busconas”. En segundo lugar, se encuentra todo lo que ocurría al moverme por la ciudad, como, por ejemplo, una ocasión en la que tuve

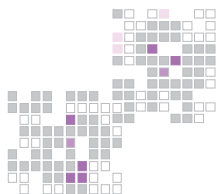
que abordar un taxi de aplicación y el conductor me preguntó sobre mi ocupación y lugar de origen, mentí y dije que laboraba en una farmacia y era de Jalisco, a lo que respondió: “Fui por mi mujer a ese estado, porque allá sí están nuevas, no como aquí que ya están todas usadas”. Y, en tercer lugar, al hecho de que para algunas personas el viajar sola y buscar entrevistas tiene un trasfondo sexual, como lo pensó uno de mis *rommies*, que espetó una noche: “¡Vamos a coger!”, a pesar de haberle dicho que estaba casada e incluso usar argolla, pero ante mi negativa exclamó: “No coges porque te pega tu marido”.

A esto debo añadir dos situaciones más que parecieron ser las que escalaron hasta un punto que resultó un tanto preocupante. La primera ocurrió cuando uno de mis entrevistados, a quien vería en la playa, comenzó a seguirme en esa zona y, tras la charla, me envió mensajes constantemente, pero ante mi nula respuesta su tono cambió y se molestó pues creía que la entrevista era en cierta forma una incitación para que saliéramos. La segunda ocurrió tiempo después del trabajo de campo, cuando un profesor, que me había ayudado para conseguir entrevistados, me insinuó un encuentro sexual.

¿De qué manera se reacciona ante esto? ¿Qué debe hacer una investigadora en situaciones así? ¿Cómo se mantiene la calma y no se sale huyendo del lugar? ¿Cómo se puede hacer entender a las personas que el trabajo de campo no implica nada de carácter sexual? ¿Cómo explicar que una mujer sola no es una incitación? Pensaba que si huía de todo esto no estaba haciendo un *buen* trabajo de campo, hasta que me di cuenta de la manera en que el género incide de manera tajante en la labor de investigación.

3.3 El género también incide en el levantamiento de información

Derivado de todo lo anterior, no se logró tener una muestra que contara con igual número de



mujeres que de hombres. Aunque en muchas ocasiones se considera que es más sencillo aproximarse con personas del mismo género o se logra un mejor vínculo cuando hay una entrevistadora y una entrevistada (Finch, 1984), la realidad no siempre ocurre así (Reinharz y Chase, 2001). Debido a la desconfianza, a peticiones de dinero a cambio de dejarse entrevistar y ante el temor de dialogar sobre algo ligado al narcotráfico, aunque fuese solo música, al final solamente entrevisté a 20 mujeres, mientras que conseguí charlar con 31 hombres.

Al realizar el trabajo de campo noté que era mucho más sencillo conseguir entrevistas con ellos. La literatura indica que las entrevistadoras pueden ser vistas como “una posible cita” (Arendell, 1997, p.357) y reciben cumplidos y halagos constantemente (Collins; Shattell; Thomas, 2005), lo que en *per se* ya debería ser considerado un punto a tomar en cuenta sobre cómo prepararse al respecto.

Fue a partir de la reflexividad que profundicé en esto y después consideré una pregunta hecha por Trujillo Cristoffanini (2017, p.12): “¿Cómo incidió el hecho de que yo fuese mujer a la hora de acceder a la realización de entrevistas?” Muchos de los individuos no dudaban en encuentros cara a cara para realizar la charla e incluso al buscar algunos posibles entrevistados recibí una y otra vez la misma invitación: “Vamos a comer, te invito lo que quieras”, pero al ver que mis intenciones eran netamente académicas su entusiasmo disminuía o dejaban de responder previo a los encuentros.

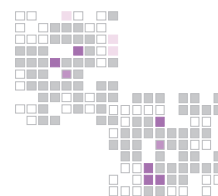
A esto se sumaron los roles de género que pude percibir al momento de levantar la información. Generalmente, los hombres podían acudir a las entrevistas porque tenían el tiempo para hacerlo y en las conversaciones era común que al hablar sobre las prácticas culturales que realizan en torno al consumo de corridos de narcotráfico mencionaran que, durante la escucha colectiva

en el seno familiar, ellos suelen beber o platicar, mientras las mujeres cocinan, sirven y cuidan a los niños. Si bien no se busca generalizar esto, se le vio como una constante que tiene lugar en lo cotidiano.

Además del temor antes mencionado, al contactar con las mujeres era frecuente que estos roles interfirieran en el tiempo que tenían o no para la entrevista. Entre ellas había trabajadoras, cuidadoras, madres y demás cuyas actividades les impedían charlar y si lo hacían era bajo ciertas condicionantes o mientras realizaban otras cosas, como por ejemplo cuando dialogué con Naomi, quien es ama de casa, madre y barbera, y mientras me respondía intentaba mantener calmado a su bebé para que no llorara, lo que en cierto punto resultó imposible.

En un sentido similar ocurrió la entrevista con Graciela, quien trabaja en una fábrica, es ama de casa y siempre está acompañada por su esposo. Aunque la entrevista fue telefónica, la presencia del señor determinó todo el rumbo de la conversación. Cuando la llamé, quien respondió fue él y se quedó todo el tiempo a su lado, subiendo el volumen de la televisión, respondiendo en algunas ocasiones y cuestionando todo, molestándose por la solicitud de algunos datos personales y cuando le intentaba hacer una pregunta hipotética del instrumento (“Imagina que es viernes en la noche y decides salir a divertirme...”), él interrumpió para decir: “¡Falta que yo la deje!” Tras colgar, pensé que quizá la entrevista podría traerle problemas en casa y reflexioné sobre mi trabajo como investigadora.

Es importante considerar todos estos aspectos al realizar trabajo de campo y si bien aquí solo he hablado sobre una experiencia personal y la relevancia que parece tener el género, también la raza, la edad (Hutchinson; Marsiglio; Cohan, 2002) y los aspectos propios de cada contexto pueden influir al momento de levantar la información, por lo que es urgente partir de un



planteamiento que parece demasiado obvio, pero justo esto impide develar enormes problemáticas: cada contexto es diferente y deben ponderarse todos los aspectos que inciden en el trabajo de campo, no solo para lograr hacerlo de la mejor manera, también para evitar frustraciones y preocupaciones entre los investigadores.

3.4 ¿Qué se puede hacer para mejorar la experiencia en el trabajo de campo?

A partir de lo vivido, y en el mismo tenor que las autoras mencionadas, se propone:

- Dotar de la debida importancia al género, como una parte crucial que incide en la inmersión en el campo, durante el levantamiento de información y en el desenvolvimiento en los contextos de estudio.
- Incluir en los procesos de flexibilidad el sentir y la parte emocional de las investigadoras, sin críticas ni cuestionamientos a su desempeño en campo, sino como condiciones que pueden influir en su trabajo.
- Dejar de formar a los estudiantes que saldrán a campo a partir de una enseñanza puramente basada en lo que está en los libros. Hay que incluir aspectos de la realidad (por ejemplo, con las experiencias de colegas y compañeros) que lleven a contar con una visión mucho más amplia.
- Dejar de fomentar la idea de que se hace un mal trabajo de campo si no se cumple con los cánones académicos establecidos o con aquello mencionado en la literatura académica.
- Permitir una mayor flexibilización en las metodologías, a partir de las particularidades de cada investigación y contexto, en especial en aquellos donde hay situaciones de machismo, inseguridad

o violencia.

- Fomentar en las universidades la creación de protocolos sobre la realización del trabajo de campo, en los que se incluyan problemáticas como las aquí presentadas.

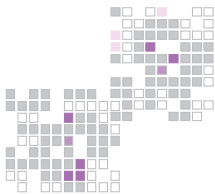
Quizá una de las ideas que podría resultar más funcional es el tener muy claro que ninguna investigación vale el poner en riesgo la integridad, la seguridad e inclusive la comodidad de quien la realiza.

4. Consideraciones finales

El realizar trabajo de campo desde cualquier campo de las Ciencias Sociales no es tarea fácil. Aquí se han expuesto las experiencias y recomendaciones de diversas investigadoras que, como la que escribe, han tenido que afrontar las peculiaridades del contexto, el acoso y las insinuaciones al tratar de obtener datos para alguna investigación.

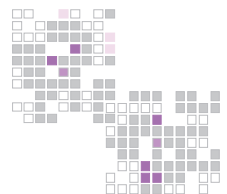
No se busca satanizar la realización del trabajo de campo, proceso que se erige como una parte crucial para el desarrollo de un sinnúmero de análisis. Se pretende hacer hincapié en los dilemas que pueden suscitarse durante su desarrollo y en cómo suelen ocupar espacios menores, sin darles la importancia que requieren. El dotar de relevancia a todos estos aspectos sería muy útil para quienes apenas se adentran en el trabajo investigativo.

Además, es urgente ver al género más allá de una categoría de análisis y comprender que su articulación como punto crucial en el trabajo de campo permitiría que las investigadoras estuviesen mejor preparadas y contar con las herramientas necesarias para afrontar diversos conflictos. Si bien ya existe una extensa literatura académica, falta una mayor profundización al respecto, para lograr los cambios que la academia necesita.



Referencias

- ALIANO, Nicolás, et al. *Reflexividad y roles en el de trabajo de campo etnográfico*, 2018. Disponible en línea: <https://bit.ly/3CS0Y9u>. Acceso: 18 mar. 2022.
- ARENDELL, Terry. Reflections on the Researcher-Researched Relationship: A Woman Interviewing Men. *Qualitative Sociology*, v.20, n.3, p.341–368, jul, 1997.
- BROOM, Alex; HAND, Kelly; TOVEY, Philip. The role of gender, environment and individual biography in shaping qualitative interview data. *International Journal of Social Research Methodology*, v.12, n.1, p.51-65, ene, 2009.
- BRUHN JENSEN, Klaus (Ed.). *La comunicación y los medios. Metodologías de investigación cualitativa y cuantitativa*. Traductor: Mariano Sánchez-Ventura. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- CABRERA, Nicolás. Un quiebre en el campo. Apuntes epistemológicos y ético-metodológicos para el abordaje etnográfico en contextos de violencia(s). *Cuadernos de Antropología Social*, n.46, p.49-66, 2017.
- COLLINS, Melinda; SHATTELL, Mona; THOMAS, Sandra P. Problematic Interviewee Behaviors in Qualitative Research. *Western Journal of Nursing Research*, v.27, n.2, p.188–199, mar, 2005.
- COTTERIL, Pamela. Interviewing women. Issues of friendship, vulnerability and power. *Women's Studies International Forum*, v.15, n.5-6, p. 593-606, sept-dic, 1992.
- CUNLIFFE, Ann L.; ALCADIPANI, Rafael. The Politics of Access in Fieldwork: Immersion, Backstage Dramas, and Deception. *Organizational Research Methods*, v.19, n.4, p.535–561, abr, 2016.
- DENZIN, Norman K.; LINCOLN, Yvonne S. (Comps.). *El campo de la investigación cualitativa. Manual de investigación cualitativa Vol. I*. Traductora: Cecilia Pavón. Barcelona: Editorial Gedisa, 2012.
- ESCOBAR GARCÍA, Natalia. ¡No Es Mi Culpa! enfrentando el acoso sexual y la violencia de género en trabajo de campo. *Cadernos De Campo (São Paulo - 1991)*, v.27, n.1, p.256-273, 2018.
- ESPIRO, María Luz. Dilemas de una mujer (investigadora) entre migrantes senegaleses. *Reflexividad, género y etnografía*, n.24, p.63-82, jul, 2018.
- FINCH, Janet. 'It's great to have someone to talk to': the ethics and politics of interviewing women. In BELL, Colin; Roberts, Helen (Eds). *Social researching: politics, problems, practice*. London: Routledge and Kegan Paul, 1984, p. 71-87.
- GALLEGO, Érika (2020). *Desaparecen al año mil mujeres en Baja California*. Disponible en: <https://bit.ly/36uiPHI>. Acceso: 18 mar. 2022.
- GARCÍA MANSO, Almudena; SILVA E SILVA, Artenira (2018). Investigadoras investigando: Aproximación exploratoria a la feminidad infantil en Maranhão (Brasil). *Opción*, v.34, n.86, p.577-611, jun, 2018.
- GARCÍA-SANTESMASES FERNÁNDEZ, Andrea. Evocando deseos y revolviendo malestares: la im-pertinencia de las emociones en mi trabajo etnográfico. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, n.35, 69-89, abr, 2019.
- GOLDE, Peggy (Ed.). *Women in the Field: Anthropological Experiences, Expanded and Updated*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- GORYOKA, Ana. (2020). Desapariciones de mujeres aumentan. Disponible en: <https://bit.ly/3KVT9T1>. Acceso: 18 mar. 2022.
- GREEN, Gill et al. "Who wears the trousers?": Sexual harassment in research settings. *Women's Studies International Forum*, v.16, n.6, p.627-637, nov-dic, 1993.
- GUEBEL, Claudia; ZULUETA, María Isabel. (1995). "Yo hablaba y no me miraban a los ojos..." Reflexiones metodológicas acerca del trabajo de campo y la condición de género. *Publicar. Antropología y Ciencias Sociales*, v.4, n.5, p.93-101, 1995.
- HENDERSON, Frances B. "We Thought You Would Be White": Race and Gender in Fieldwork. *PS: Political Science & Politics*, v.42, n.2, p.291–294, abr, 2009.
- HENSHALL MOMSEN, Janet. Women, men and fieldwork: gender relations and power structures. In DESAI, Vandana; POTTER, Robert B. (Eds.). *Doing development research*. London: SAGE Publications, 2006, p.44-51.
- HUTCHINSON, Sally; MARSIGLIO, William; COHAN, Mark. Interviewing Young Men about Sex and Procreation: Methodological Issues. *Qualitative Health Research*, v.12, n.1, 42–60, ene, 2002.
- HUTCHINSON, Sally; WILSON, Holly. Validity threats in scheduled semistructured research interviews. *Nursing Research*, v.41, n.2, p.117–119, mar-abr, 1992.
- MALDONADO ARANDA, Salvador. Desafíos etnográficos en el estudio de la violencia. experiencias de una investigación. *Avá. Revista de Antropología*, n.22, p.123-144, 2013. Disponible en línea: <https://www.redalyc.org/pdf/1690/169036843006.pdf>
- MACAULAY, Monica. Training Linguistics Students for the Realities of Fieldwork. In THIEBERGER, Nick (Ed). *The Oxford Handbook of Linguistic Fieldwork*. New York: Oxford University Press, 2012, p. 457-472.
- MANDERSON, Lenore; BENNETT, Elizabeth; ANDAJANI-



- SUTJAHJO, Sari. The Social Dynamics of the Interview: Age, Class, and Gender. *Qualitative Health Research*, v.16, n.10, p.1317-1334, dic, 2006.
- MARTÍNEZ PÉREZ, Margarita. Sk'an jtsatsubstastik ko'ontontik: Diálogos, retos y complejidades de ser una investigadora tsotsil. In CRUZ CRUZ, Emilia (Ed.). *Reflexiones teóricas en torno a la función del trabajo de campo en lingüística-antropológica: Contribuciones de investigadores indígenas del sur de México. Language Documentation & Conservation Special Publication no. 22*. Honolulu: University of Hawai'i Press, 2020, p.15-35.
- MCKEGANEY, Neil; BLOOR, Michael. Spotting the Invisible Man: The Influence of Male Gender on Fieldwork Relations. *The British Journal of Sociology*, v.42, n.2, p.195-210, jun, 1991.
- MONROY, Jorge. *Las cinco ciudades más violentas del mundo están en México: CCSPJP*. Disponible: <https://bit.ly/3s802aA>. Acceso: 10 mar 2022.
- OAKLEY, Ann. Interviewing women: A contradiction in terms. In ROBERTS, Helen (Ed.). *Doing feminist research*. London: Routledge and Kegan, 1981, p.31.61.
- OROZCO, Guillermo; GONZÁLEZ, Rodrigo. *Una coartada metodológica. Abordajes cualitativos en la investigación en comunicación, medios y audiencias*. Ciudad de México: Editorial Tintable, 2012.
- OVALLE, Lilian Paola. Las fronteras de la narcocultura. En VIZCARRA, Fernando (Ed.). *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México*. Mexicali: UABC, Conaculta y PLEBC, 2005, p.117-150.
- PADILLA, Geraldine. *El borrego y la posición social de la mujer en Chamula, Chiapas, México*. 174 p. Tesis (Maestría en Antropología Social) - Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 2018.
- REINHARZ, Shulamit; CHASE, Susan E. Interviewing women. In GUBRIUM, Jaber F; HOLSTEIN, James (Eds.). *Handbook of Interview Research: Context and Method*. Thousand Oaks: Sage Publications, 2001, p.221-238.
- ROSEMBERG, Florence. La etnografía en tiempos de violencia. *Cuicuilco, revistas de ciencias antropológicas*, v.26, n.76, p.153-174, sept-dic, 2019.
- SHARP, Gwen; KREMER, Emily. The Safety Dance: Confronting Harassment, Intimidation, and Violence in the Field. *Sociological Methodology*, v.36, n.1, p.317-327, ag, 2006.
- TAYLOR, Steven; BOGDAN, Robert. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós, 1986.
- TRUJILLO CRISTOFFANINI, Macarena. Epistemologías feministas y estudios de género: Reflexiones desde el trabajo de campo. *Revista Foro*, v.1, n.25, p.5-18, 2017.
- WAX, Rosalie H. Gender and Age in Fieldwork and Fieldwork Education: No Good Thing is Done by Any Man Alone. *Social Problems*, v.26, n.5, p.509-522, jun, 1979.

